

## Necrología del doctor don Rafael Rodríguez Méndez

POR EL DOCTOR ANDRES MARTINEZ VARGAS

EXCMO. SEÑOR,

SEÑORES:

Fué don Rafael Rodríguez Méndez un académico de tan singular valía, que tiene bien merecido el homenaje que en estos momentos le rinde la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona. Lástima que sea yo el designado por vosotros para rememorar las cualidades del ilustre muerto para animar con el recuerdo de sus méritos la vida de este recinto que él enalteciera con su saber, con su palabra y con su pluma, para traer en fin, siquiera sea por breves instantes y espiritualmente, a esta escena la figura de un Académico que durante 45 años, desde el 5 de julio de 1874 en que fué elegido hasta el 20 de septiembre de 1919 en que falleciera, fué modelo de disciplina, de cortesía y devoción académica y cumplió correctamente sus deberes.

No me falta, no, voluntad para cumplir tan grato como honroso encargo; me sobra, en cambio, el temor de que mis facultades no serán suficientes para apreciar con justeza el valor de sus destellos intelectuales, sentimentales y volitivos y de que dejaré opaca, deslucida, ante vuestros ojos, una personalidad toda luz y, por don de Dios, una mentalidad preclara, de inteligencia potente, eticismo exquisito y voluntad firmísima.

Salvado este escollo, he agradecido mucho esta designación, porque además de permitirme cumplir un mandato académico, se proporciona a mi alma una expansión consoladora y ocasión de un nuevo tributo amistoso, ya que no puedo olvidar que en este mismo sitio en que ahora me hallo y a esta misma hora, sentábase, el 14 de febrero de 1894, el doctor Rodríguez Méndez, para dispensarme la señalada merced de contestar a mi discurso de ingreso en esta Corporación; en este sitio en que él me recibiera, he de despedirle yo, y lo reputo por sitio de honor y de dolor, porque desde él he de cerrar para siempre la función, el ciclo académico de aquel que lo abriera para mí hace 27 años corridos.

Sea la emoción intensa que en estos momentos agita mi espíritu como aleteo amoroso con que sello una gratitud inextinguible en la historia académica y personal de Rodríguez Méndez.

Por tratarse de una personalidad de larga e intensa vida, de prodigiosas facultades, de una actividad incesante, con diversas manifestaciones, que ha dejado en su paso por la tierra estela de buenas obras, motivos de general aplauso, y actos de perdurable recuerdo, trataré de sus datos biográficos en primer término y después de los diversos aspectos en que se ha desarrollado su existencia.

**BOSQUEJO BIOGRÁFICO.** — Rodríguez Méndez nació el 24 de octubre de 1845 en Granada, la ciudad poética, entre las cumbres plateadas de Sierra Nevada y las lomas rocosas de Sierra Elvira. Hijo de médico, su vida escolar fué una señalada serie de triunfos, cual si fuera influida por la historia de la ciudad, por la herencia de sus ilustres médicos, por las encantadoras siluetas de su vega, por la fertilidad del Genil y por las auríferas arenas de su Darro. Despuntó desde niño; ganó Sobresalientes y Premios en el Bachillerato; bachiller en el Instituto de Granada, en junio de 1863, comenzó el estudio de la Medicina este año, y mereció la calificación de Sobresaliente en todas las asignaturas, sin excepción de una; ganó los premios ordinarios de varias de éstas y los extraordinarios del grado de bachiller en Medicina y Cirugía y el de Licenciado, alcanzando el grado de Doctor en 1870. De los cuatro grupos en que pueden dividirse los escolares, sobresalientes desde el comienzo al fin de su carrera y de su vida: medianos en todo tiempo, sobresalientes en las aulas y luego perezosos, des-

graciados y medianos en la vida social y medianos en las aulas y pujantes en la sociedad. Rodríguez Méndez perteneció al primer grupo: fué un escolar preclaro y continuó siendo un ciudadano ejemplar hasta su muerte. En aquella Facultad granadina, antaño tan concurrida como la primera de España, desempeñó, con gran beneplácito de los profesores, el cargo de *Alumno interno* por oposición; de *Ayudante de clases prácticas y experimentales*, con destino a la sección clínica; de *Auxiliar*, con destino a la cátedra de Higiene, que explicó varios cursos; de *Auxiliar* de las cátedras de Terapéutica y Fisiología; por fin, fué *Encargado* de la sección de Dermatología y Sifiliografía en la consulta pública del Claustro. Desempeñó varias otras comisiones, dentro y fuera de la Facultad.

SU PERSONALIDAD. — En plena madurez, cual yo le conocí, con su estatura baja, con su cuerpo antes enjuto que grueso, con su natural apostura, la cabeza ligeramente erguida y una de sus manos en el bolsillo del pantalón, parecía un modesto joven despojado de toda pretensión mundana; mas de cerca, su piel algo marchita, su barba y cabellera cortas, muy abundantes en canas y escasas de pelo negro, denunciaban una edad que frisaría en los 50 años; su frente espaciosa y serena, su cráneo con gran predominio de proporción sobre la cara y abultado frente a las regiones más nobles del cerebro, sus ojos azules, claros, vivos, muy vivos, que escudriñaban; su boca un poco hundida, tan pronto entreabierta por los rasgos de la benevolencia como movida por los retozos de una sonrisa picaresca, denunciaban al punto una personalidad vivida, trascendente, que atraía con los lazos de la simpatía; cruzadas breves palabras con él inspiraba ese respeto que se transparenta de un talento privilegiado, de un carácter entero y de un corazón nobilísimo. A poco que se profundizara en su pasado y en su presente, por su historia y por las actividades que desplegaba, surgía su gran figura y admiraba por sus diversas aptitudes, cual un cristal artísticamente tallado con los cambiantes que en la luz produce.

Como hombre social y en privado era un bello sujeto y un perfecto caballero. Para sus amigos, para sus discípulos — que los hacía tales mientras no se enajenaran sus afectos, — para sus compañeros, llevaba siempre «el corazón en la mano».

Fué pródigo de su ciencia y de su bondad; no conoció las reservas científicas; guardó tan solo los secretos que guardar debía. No tuvo doblez; fué tan noble como franco en su trato; respiraba sinceridad por sus cuatro costados, y así se captaba las simpatías. Desinteresado, no temió al mérito ajeno, ni se entristecía por la prosperidad del prójimo; su gran espíritu no le hizo palidecer ante la aparición de un nuevo colega, bien distinto de esa legión de roedores que, celosos de un problemático encumbriamiento, se sienten amenazados de un fantástico despojo y aúnan sus esfuerzos para bloquearle. Dispuesto a la benevolencia, ¡cómo se irritaba ante la injusticia! Pequeño y todo cual era, erguíase furioso, cual si creciera en estatura, para combatir el atropello. Fué apasionado por la ciencia; por la microbiología riñó verdaderas batallas, e hizose su apóstol decidido; a remolque de él hubieron de seguir varios tibios o adversarios. Allá en 1895, comentando conmigo las primeras noticias del suero antitífico de la disenteria, y felicitándome más tarde por la campaña que en su propaganda hice desde los primeros momentos, ¡cómo se dolía de que algunos médicos anatematizaran el nuevo remedio y buscaran con mujeril curiosidad aquellos casos que terminaban por la muerte a pesar de emplear el suero... con torpe manejo! Con duros apóstrofes condenaba la conducta de aquellos que, con daño del progreso médico y de la verdad científica, y a pesar de la ansiedad que había en los hogares, esparcían las noticias de los casos desgraciados, y con estadísticas terroríficas, pero parciales, querían ahogar la preciosa virtud del nuevo remedio. Bien se han comprobado después los méritos positivos de aquel salvador agente terapéutico por que tanto combatimos.

Toda desgracia le conmovía excitando en él sentimientos de piedad infinitos. Si debía amparar a un desgraciado, sufría lo indecible hasta redimirle en todo o en parte, pues se identificaba con sus penas. Podría citar más de un caso que ha sido público, no obstante el sigilo con que realizaba sus obras de caridad.

Tuviéronle por enemigo temible, pero se le juzgó mal. Por su gran entereza de carácter, por ser todo un hombre probo y a carta cabal honrado, no podía tolerar ninguna asechanza malévol a su honra, y buscó sin tregua al murmurador o al maldiciente hasta obligarle a rectificar sus dichos. En esto no admitía espera ni componendas. Pero fué generoso, y supo perdonar al enemigo si éste reconocía sus yerros; jamás llegó al ensañamiento. Sé de un colega que después de haber hecho una campaña injusta y agria contra él, con motivo de una discusión, cuando se vió obligado a responder de sus ligerezas y desahogos, se arrojó en sus brazos llorando... y fué perdonado. Si alguna vez manejaba con sobrada energía la censura, entiendo que es disculpable en quien, como él, ha sido blanco de injustificados enconos y de celos profesionales; responde con ello al reto que se le ha lanzado y devuelve los dardos que se le han dirigido.

En la familia y en su casa encontró el doctor Rodríguez Méndez los goces más puros. Una esposa ejemplar y dos hijos con carreras brillantes, médico el primero, ingeniero el segundo, constituyeron su hogar, que fué venturoso por más de un concepto. Su conducta privada le hizo digno de esta felicidad. Dos nietos, varón el primero, hijo de su primogénito, doctor Rodríguez Ruiz, y hembra la segunda, hija de don Angel, reverdecieron con los encantos infantiles las ternuras y goces íntimos del hogar. De su nieto vivo e inquieto, hizo un compañero inseparable; se les veía frecuentemente juntos en el coche con que hacía la visita a sus enfermos y en la primera fila de los oyentes, o junto a su sillón en sus conferencias.

Fué un hijo ejemplar: no estuvo satisfecho hasta el momento en que pudo traer a su madre para instalarla aquí en Barcelona y poderla visitar a diario; tenía Rodríguez Méndez más de 60 años y trataba a la madre con igual solicitud y respeto que cuando era niño. Soy testigo de cuánto sufrió durante su última enfermedad y en el acto de su entierro: ¡no se resignaba ante la realidad inexorable de la muerte!

Como padre mantuvo siempre su autoridad a la altura de su cariño, y fuí testigo de cómo luchó sendos días y sendas noches, sin rendirse al sueño ni a la fatiga durante una tenaz y terrible enfermedad de su hijo mayor, desahuciado más de una vez y salvado de la muerte por la tenacidad y experiencia de su padre. Este hijo le debe dos veces la vida. Para sus deudos fué también verdadero padre. Sus hermanas, casi todas viudas y desvalidas, encontraron en él protección de padre. Su hermana Matilde le dice (1): «A mi Rafael, el más bueno de los hermanos y de los hombres, un recuerdo y una lágrima de gratitud.»

Sus sobrinos recibieron por parte de sus madres y directamente todo el socorro y protección que hubieron menester. Es público que por repartir su peculio entre los suyos, entró en la vejez sin ahorros con que defender su propia vida.

Sus amigos se expresan del siguiente modo:

El catedrático de Valencia, doctor Peset, dijo en noviembre de 1917 (2) lo siguiente:

«El insigne catedrático de Barcelona, doctor Rodríguez Méndez, sabio higienista de nuestros días, disculpará benévolo estas exageraciones de quien se considera también discípulo suyo y admirador constante, porque saboreó siempre con verdadero deleite sus numerosas producciones en la Prensa o en el libro, trazadas de mano maestra bajo la paz de nuestro raso cielo azul, como bajo un *velarium* de Tiberio. Cerebro superior, tiende la mano a todos los hombres, compadece sus infortunios y trabaja para evitarlos, asóciase a sus nobles impulsos, mira todas las cosas *sub specio aternitatis*, es verdadero ciudadano de la humanidad. Hombres así perdonan el venial pecado de cualquiera exageración meditada para mayor realce del argumento, pues yo mismo reconozco que tales fines resultarían hoy tan enrevesados como entender aquellos famosos humores «*corrumpentes y proclives*» de *Le médecin malgré lui*.

El doctor Félix Antigüedad, después de haber solicitado respuesta a 14 preguntas que reproduce en un artículo, añade por todo comentario: «Ahí está sintetizado su tratado de deontología médica que, si la observáramos, la profesión se ejercería mejor.»

Un fervoroso amigo suyo y Académico, el doctor don Juan Coll y Bofill, escribió en el Libro de honor:

«Por suerte nuestra estos hombres representativos són eternos, puesto que, tanto en vida como después de muertos, se desgranán de su ejemplo e historia un tal número de amigos y discípulos que les imitan y procuran sembrar la semilla del bien aprendido, que les convierten en perpetuos. No obstante, es de desear, por egoísmo, que Dios les conserve entre nosotros el mayor número posible de años, antes que todo, por ellos, y después, porque cuanto más dure su actuación mayores beneficios reportaremos todos. ¡Como es natural, así lo deseo para el doctor Rodríguez Méndez!»

Y los médicos rurales, representados por el doctor don Angel de Diego, añaden:

«Los modestos médicos de aldea se adhieren entusiastamente al homenaje, viendo en el doctor Rodríguez Méndez al amigo, al hermano, al padre, que con espíritu altruista sin igual, apoya, favorece y alienta los movimientos de redención de la clase médica rural.»

SU ORATORIA. — La oratoria del doctor Rodríguez Méndez fué singular; su mérito estribaba en la pureza del lenguaje, que manejaba con precisión admirable, en la abundancia y vigor de sus imágenes y en la claridad de la expresión. No le acompañaba ni la figura arrogante del tribuno ni la ex-

(1) Libro en honor de Rodríguez Méndez, pág. 401.

(2) Libro, pág. 229.

presión vibrante del doctrinario; antes al contrario, su pronunciación andaluza, algún hueco dentario y la corta extensión de su voz, amenguaban algo el efecto de sus discursos; pero esos leves defectos quedaban subsanados con la atracción que ejercía sobre el auditorio y el silencio con que se le escuchaba; no bien comenzaba a hablar, invadía su semblante cierta palidez que parecía transformarle; luego surgía la palabra de sus labios espontánea, flúida, con tal sobriedad a veces en las oraciones, que con una frase esculpía un concepto, y con tal jugueteo de vocablos otras, que deleitaba por la exuberancia, cual si las ideas hubieran de quedar en un marco de guirnaldas para hacerlas más perennes; como aquellos finísimos surtidores que bullen so los emparrados moriscos del Generalife, tan deliciosos para apagar la sed como para recrear la vista con sus gotas cristalinas ante el azul incomparable del cielo granadino, así su oración, desenvuelta con la más grande modestia, tenía cadencias que deleitaban con la armonía de sus pensamientos y caudal sobrado para suplantar con su doctrina el error. No era, sin embargo, *manso arroyo*, pues con su viveza característica, presto en cambiar de tono, resultaba mordaz, con sus ribetes de satírico, y dejaba mal parado al contrincante.

**SU ESTILO.** — Escribiendo valía tanto como hablando. Según fueran los motivos, adornaba su estilo con todas las filigranas de nuestra lengua; cual si llevara disuelto en su tinta el espíritu de aquellos paisanos suyos, los gnomos que parecen circular por los alicatados de la Alhambra; así flotaba por sus letras el espíritu vívido de su inspiración. Si movía su pluma la censura, como estaba cargada de razón, más que escribir parecía rasgar las carnes de su contrario; tenía algunos conceptos tan enérgicos, concisos y certeros, que resultaban sangrientos; sin aparecer destemplado ni bilioso, jugaba a maravilla las palabras de doble sentido y el argumento contundente. Cuando escribía de ciencia era claro, natural y persuasivo; instruía sin fatiga.

**SU PERICIA MÉDICA.** — Tuve muchas ocasiones de apreciar su vasta y sólida experiencia clínica. Para aquellos de magín corto, que cotizan de día en día el número de visitas hechas, y gradúan los puntos que calza cada médico según se manifiesta de requerido por sus clientes, o lo que alardea de ocupado, el doctor Rodríguez Méndez *no era clínico*. Desprendido y modesto, no le dominaba, ni siquiera le tentaba esa avaricia que consume, ese afán del cliente que no deja descansar de día ni de noche; él no se cuidaba de ostentaciones aparatosas ni de competencias de colega; no perseguía al público, antes bien, le vi muchas veces desdeñar clientes; prefería sus libros y sus estudios a tomar el pulso.

Su erudición, sus amplios y modernizados conocimientos y sus dotes oratorias, le hacían aparecer *gran teórico* y de poca valía *práctica*, por esa antítesis falsamente establecida entre lo teórico y lo clínico, cual si el bagaje literario, el dominio de las diversas teorías sobre una materia vertidas, el conocimiento de la experiencia que poseen todos los prácticos de los diferentes países, dejaran de ser útiles a un enfermo porque se expresaran con galanura las razones en que se funda la adaptación. Entre un médico *teórico*, no teorizante, erudito, que fortalece su experiencia personal con la experiencia de cuantos han opinado sobre la materia, y un *práctico*, mejor dicho, un *practicón* que se encastilla en lo que ha hecho por sí solo, prescindiendo de la inspiración ajena, la opinión sensata e ilustrada debe preferir siempre al primero. ¡Fué un gran teórico y un gran práctico Rodríguez Méndez!

La clientela del doctor Rodríguez Méndez fué selecta en general y supo estimarle en lo que valía. Poseía la intuición clínica, ejercitada ya desde alumno como interno en la Facultad de Granada, y más tarde como auxiliar de todas las clínicas; por ella era pronto para formular diagnósticos y supo hacer alguno intrincado por mera referencia o por impresión; pero hombre prudente ante todo, no abusaba de su *ojo clínico*; procuraba buscar siempre la comprobación antes de establecer en definitiva un juicio. Como no se pagaba de adulaciones ni de esa aureola de autoridad que causa desvanecimientos, no se embriagó con el tufillo de la infalibilidad; y si alguien, por insignificante que fuera, le refutaba una opinión, no se irritaba, aun cuando la tuviera arraigada; recapacitaba y procuraba convencerse o convencer al contrincante. En un peritaje médico forense numeroso, que fué muy accidentado en las primeras conferencias, le vi sufrir paciente impugnaciones algo destempladas, revelando, sin embargo, con sonrisa benévola, que le costaría poco trabajo contrarrestar aquéllas y restablecer el imperio de la verdad, como así resultó en definitiva. Sin carecer de puntillo, sabía prescindir de él si la razón se lo aconsejaba; despreciaba las *pequeñeces*. En el ejercicio profesional cultivó de preferencia la clínica médica con las afecciones del sistema nervioso; su terapéutica fué muy influida por la higiene, e iba pareja con la última conquista si ésta ofrecía ventajas sobre lo antiguo; para ello erviale de mucho el manejo diario de las mejores revistas del mundo. Por haber sido co-director del Manicomio de San Baudilio de Llobregat (4 de octubre de 1878) y por una serie de incidencias, gozó gran prestigio como especialista en *enfermedades mentales*. En estrados, particularmente

en una causa muy ruidosa, dió pruebas gallardas de dominar las materias de la *Antropología criminal*. Su honorabilidad fué garantía de que obraba con rectitud, sin abusar de modernísimos conocimientos. ni de la pasión de escuela ni de su argumentación poderosa.

SU LABORIOSIDAD. — Poseía la virtud del trabajo como pocos: aun en este pueblo catalán, de suyo tan laborioso, podía servir de ejemplo. Cómo atendía a sus tareas de la cátedra, a la asistencia de sus numerosos enfermos, a tomar las lecciones a sus dos hijos mientras fueron escolares, a escribir dictámenes, a trazar prólogos, a escribir sus revistas de higiene, a traducir algún que otro libro; a gobernar la *Gaceta Médica Catalana* que era toda una institución por su extensa correspondencia, sus cambios con las mejores publicaciones del orbe, sus pruebas y la elección de trabajos, incluso el *Boletín de Clínica y Terapéutica...*; cómo atendía a todo esto, constituía un enigma. A despecho de su desgaste físico, a expensas de su salud, tomaba al sueño las horas del indispensable reposo, y poseído de esa fiebre de la laboriosidad, procuraba ir al día con todas sus ocupaciones. No desperdiciaba un minuto; nada de frecuentar esas insanas tertulias en que el *despellejeo* profesional es la única comidilla de gente desocupada o despechada. Asimismo estaba retraído de las Academias. Con haber pertenecido a todas y ejercido los primeros cargos en ellas, en sus últimos años no las frecuentaba ya. La *Gaceta Médica Catalana* le sirvió de palenque, y desde sus páginas informaba el movimiento científico y daba la nota personal cuando las circunstancias lo exigían. Esta publicación formaba parte integrante de su vida; la tenía por hijo intelectual. Contaba más de 43 años de vida y tenía puesto de honor entre las primeras de España y del extranjero. De cuarenta páginas de apretada letra, era muy solicitada por los escritores; el material rebosaba en su Redacción, y raro era el número en que su propietario y director no aumentara el de las páginas en ocho, diez y seis o más: alguna vez llegó a treinta y dos; sus suscriptores recibían con grandes creces la suma de páginas estipuladas en la suscripción. Tengo por honra grande ser su redactor, y estimo en lo mucho que vale la galante manera como se pusieron sus columnas a mi disposición. Acontecimiento científico, grande o leve, pronto salía a la luz entre sus hojas; dígalo si no el suero antitóxico de la difteria y algunos otros descubrimientos. Su director ofrecía una libertad absoluta, aun cuando a veces fuera poco favorable a sus particulares opiniones. Cátedra libre para toda difusión científica, no había en ella otra cortapisa que la responsabilidad de cada escritor y el valor intrínseco de los trabajos; no podía darsé director más liberal y que menos interviniera en la opinión de cada colaborador; como era una publicación viril cuyos juicios no siempre producían aplausos, se susurró alguna vez que el propietario pudiera inspirar ciertos escritos; nada más distante de la realidad: lo sé por experiencia propia; aquel director, además, no recurrió nunca a caminos tortuosos, amante como era de las líneas rectas y capaz de afrontar todas las responsabilidades.

En estos últimos años realizó dos alardes editoriales dignos de loa: fué el primero el año 1914, después de la epidemia de fiebre tifoidea que tantos estragos produjo; el segundo el mes de febrero de 1919, al cumplirse el milenario de los números de la *Gaceta Médica Catalana*. En el primero publicó un grueso folleto con varios artículos sobre las observaciones de la epidemia de fiebre tifoidea hechas por los redactores y colaboradores. Y se condensó en él cuanto detalle moderno podía interesar sobre la enfermedad, respecto de los más variados puntos de vista. Resultó una monografía completa de la enfermedad y de la epidemia. Cuando se acercaba el número mil de la *Gaceta* preparó un número extraordinario, y lo fué ciertamente por el texto y por la tirada. Nos exigió a todos, colaboradores y redactores, un artículo para fecha fija, y el número salió con la puntualidad de siempre, pero centuplicado en su volumen: un número verdaderamente extraordinario por su confección y por su contenido. Y no dejó de causar extrañeza su aparición, ya que aquí donde no escasean los perezosos o los lentos para esta clase de labores es difícil obtener la entrega del original en el plazo fijado; algo sugestivo tenía en sus peticiones Rodríguez Méndez, por lo cual salía siempre triunfante en estas empresas editoriales.

Esta *Gaceta* fué su refugio moral en sus últimos tiempos, cuando apartado de sus discípulos y de la cátedra por la jubilación torzosa en pleno vigor, sus entusiasmos docentes, con toda su potencia intelectual antes robustecida que debilitada, había de buscar una derivación, un cauce a aquellas actividades cerebrales de toda su vida, so pena de un desbordamiento irregular. Y en sus páginas desarrolló aquella labor continua, aquella producción incansante que fuera su característica; por entonces acometió la empresa de estudiar la epidemia de gripe en todo el mundo, y llevaba muy adelantado su trabajo, que causó asombro por la profusión de datos y por las referencias de todos los países, los más apartados y desprovistos de publicaciones estadísticas oficiales.

La muerte le sorprendió cuando no tenía terminado el trabajo, pero en prueba de lo adelantado que iba siempre en sus escritos, varios números de la *Gaceta*, aparecidos meses después de fallecido

su director, publicaban todavía artículos suyos, como si por excepción muy personal enviara desde el otro mundo a su amado periódico artículos con que nutrir sus páginas.

Durante su vida no le escatimó sacrificios intelectuales, ni materiales; no contó nunca las páginas ni los gastos de imprenta, no repasó las listas de suscriptores, no acosó a los morosos ni los conocía siquiera; el empresario desaparecía ante el director; todo le parecía poco para el triunfo del periódico; diríase que su espíritu, su vida y su hacienda los fundía en un salmo a la ciencia cantado dos veces por mes, con mayor justeza y fervor en cada número. Así murió abrazado a su ideal, de pronto, mientras paseaba la pluma diamantina sobre las albas cuartillas; antes de secarse la tinta con que grabara sus ideas en el papel, había dejado de latir su corazón. Por esto expresé entonces un triste presentimiento, a saber, que la muerte de Rodríguez Méndez llevaría consigo más tarde o más pronto la del periódico, ya que nutrido éste de la savia de su director, una vez faltó del jugo de su inteligencia y del calor de su entusiasmo seguiría en su muerte al que le diera vida. No ha muerto, no, el periódico, pero sin molestia para nadie puede decirse que la *Gaceta* no es la que fué mientras vivió su fundador (1).

**SU CUALIDAD DE HIGIENISTA.** — Su cualidad más culminante fué la de higienista. Consagróse por entero a la enseñanza de la Higiene privada y pública en la Facultad de Medicina de Barcelona, desde abril de 1874. Después de empeñadas y muy comentadas oposiciones, obtuvo por unanimidad esta Cátedra, y por cierto que fué aquella una ocasión más en que el dictamen del Tribunal fué paralelo con el numeroso e inteligente público de la Corte, cuya neutralidad y espíritu justiciero son, a menudo, tan mal comprendidos como torpemente calificados. A partir de esa fecha, en cuarenta y cuatro años consecutivos el doctor Rodríguez Méndez ha difundido por doquiera los conocimientos higiénicos, poniendo al servicio de la gran *ciencia de la salud* un talento infatigable, un corazón fervoroso, una aplicación febril y un lenguaje florido, que abrigó más los atractivos de esas verdades. No exagero si digo que por su pluma o por su boca entraron en nuestro país cuantas conquistas positivas, doctrinas firmes e hipótesis, vienen a engrosar esa inmensa mole de la Higiene; adviértase que en varios periódicos profesionales, especialmente en la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, de Madrid, aparecieron desde los primeros números con toda regularidad sus colecciones de higiene, tan variadas y amplísimas, que en ellas figuran desde el trascendental problema de las razas hasta el más prosaico consejo de la panificación.

Hay que oírle cantar las excelencias de la Higiene. Cual él las sentía y expresaba, no cabía grandeza mayor; ni en su historia, tan antigua como el primer hombre, ni en su tendencia, redentora de todas las opresiones que afligen a la humanidad: de la enfermedad en primer término, de la ignorancia, de la perversión. En su doble aspecto de privada y pública, es la Higiene la gran protectora de nuestro cuerpo, de nuestro espíritu y de la familia; es la que opera la perfección ideal de la sociedad. Para él, la Higiene lo era todo en la vida del individuo y en la de los pueblos; con la Lógica y la Moral, constituye el trípode fundamental del mundo; es emanación directa de la divinidad. ¡De qué modo más admirable desarrolló estos conceptos, exornándolos con frases felices, hace unos años, al resumir una sesión semestral de la Academia de Higiene de Cataluña! Con la magia de su palabra hizo desfilar ante un auditorio, tan selecto como ilustrado, los lazos de estrecha dependencia que con la Higiene tienen los grandes problemas de la humanidad, ya en las épocas remotas de la Historia, ya en las horas críticas de nuestros días, demostrando que han sido tanto más calamitosas las vicisitudes de los pueblos cuanto menos se han atendido las higiénicas prescripciones; no es maravilla que figuren en todos los Códigos fundamentales, y que de ellas aparecieran rebosantes las últimas encíclicas de León XIII. Si no hubiera dado ya innumerables pruebas, la de aquella noche habríale servido para demostrar su potencia cerebral y su extensa y varia cultura. De ambas ha menester quien tiene la misión de inculcar la Higiene a la juventud, para lo cual ha de enriquecer sus ideas con conocimientos positivos del organismo humano, sano y enfermo, de la naturaleza entera, de la sociedad y de la Moral, por ser estos los medios en que se agita el hombre.

Y no satisfecho con aquella división arcaica que de la higiene se hacía en privada y pública, a sus insistentes gestiones se debe en parte la reforma establecida de su asignatura, que quedó una e indivisa con el título de «Higiene» en el último año de la carrera.

**SU FUNCIÓN DOCENTE.** — El 4 de abril de 1874 obtuvo por unanimidad, en las oposiciones, la

(1) Desgraciadamente este presagio se ha cumplido. La *Gaceta Médica Catalana* ha dejado de publicarse, pocos meses después de leída esta necrología.

Cátedra de Higiene privada y pública. Cuando vino a tomar posesión de la Cátedra a Barcelona, su intrepidez, que corría parejas con su juventud, le permitió asistir de incógnito a unas reuniones clandestinas en que los escolares habían de tomar acuerdos para hundir al *nuevo catedrático castellano* y desplegar una guerra sin cuartel hasta aburrirle y obligarle a dejar el puesto libre. Esta campaña sublevó su carácter y le indujo a rectificar su primer propósito de venir, tomar posesión e irse, porque ante aquella enemiga se creció ante el peligro, logró vencerlo y echó aquí raíces. Supo imponerse por su mérito y por su carácter, y aquellos escolares, tan hostiles mientras duró la instigación, tan pronto como le conocieron fueron sus más devotos alumnos y sus más apasionados amigos. Huelga decir que su concurso fué de los más importantes, en la brillantez que ostentaba el Claustro de Medicina de Barcelona; por orden de antigüedad ocupó algún tiempo el número 1 de sus miembros.

Pocos han amado con mayor ardimiento que él la Cátedra. Sintió profundo afecto por sus alumnos; adoraban éstos en él; no les llevaba a su clase el impopular temor de la lista ni les imponía religioso silencio el peso de la disciplina; les subyugaba con su ciencia y sus virtudes, y sus lecciones, al igual que las del ilustre higienista de París, A. Tardieu fueron oídas no sólo por sus alumnos, sino por médicos, abogados, arquitectos, etc., que gustaban de saborear sus brillantes y doctrinales discursos. Fraternalizaba con sus alumnos, sin que por eso se quebrantara el respeto debido a su alto ministerio, sin incurrir en burda populachera; díganlo sino las anécdotas de él referidas, en que estudiantes enfermos, presos o agobiados por apremios monetarios, acudieron a él, cual lo hicieran con su padre, y de él recibieron el consejo o el apoyo con igual generosidad que los diera para un hijo. Así le han correspondido guardándole un eterno cariño y un profundo respeto, sin que se entibiara el primero por el alejamiento ni menguara el segundo porque el mérito y el concurso del tiempo elevan al discípulo hasta la categoría del maestro. Entre las manifestaciones de aprecio que ha recibido (placas artísticas, pergaminos, banquetes), ninguna tan grandiosa como la del curso de Higiene pública de 1883-84.

Era el 26 de mayo: en la Cátedra y a la hora de clase, habíanle preparado un busto del inmortal Pasteur y un álbum con sentida dedicatoria y las firmas de todos sus alumnos; a la entrada del maestro, uno de éstos se adelanta, y con delicada frase, matizada por la emoción, hácele en nombre de todos presentación del obsequio y explica la elección de busto tan expresivo... Aquellos escolares habían sentido cómo la luz radiante de la microbiología iluminaba su cerebro con rayos que disipaban las tinieblas de la antigua patología, y entusiasmados por las nacientes teorías, más deslumbradoras a sus ojos por recibidas con la hermosa palabra de Rodríguez Méndez, querían enlazar al sabio Pasteur con su apóstol más ferviente en el altar de su admiración. Idea sublimé, que movió a nuestro eximio higienista a pronunciar un discurso de gracias espléndido por su dicción, por los sentimientos generosos en que abundaba y por la admirable manera como desarrolló el concepto del hombre en la creación; también por la exposición que hizo del estado actual de la microbiología y de los horizontes que por ella se vislumbraban, intuición científica que más tarde ha confirmado la sucesión de los descubrimientos. En aras de su modestia, el obsequiado recabó de sus alumnos que todo aquel homenaje fuera transferido íntegro a Pasteur, y, con efecto, se redactó un acta que condensaba todo el pensamiento. Fué remitida al doctor De Pietra Santa, Secretario general de la Sociedad de Higiene, y éste, acompañado de personas tan distinguidas en la Ciencia como Marie-Davy, E. Bouley y Joltrain, hicieron entrega al gran Pasteur de ese documento, que fué ocasión para una fiesta científica en el laboratorio de la calle de Ulm. Pasteur y sus acompañantes agradecieron profundamente aquella manifestación; prueba la extensa carta que, de su puño y letra escribió, en 20 de julio del 84, el sin par microbiólogo, al doctor Rodríguez Méndez y a sus alumnos, no sólo estimando mucho la deferencia, sino declarando que aquella primera adhesión, emanada del extranjero, serviale de bálsamo consolador contra tanta diatriba e infamia como en su propio país le habían lanzado la malquerencia, la envidia y la rutina. El acta aquella forma parte de la historia de la microbiología y del Instituto Pasteur, y la carta de éste a Rodríguez Méndez, publicada el 15 de noviembre de 1895, en autógrafo, en la *Gaceta Médica Catalana*, con motivo de su muerte, es un documento de inapreciable valor para nuestro biografiado «digno de ser grabado en mármol en su anfiteatro», según le decía Pietra Santa al transmitírsela.

Este y otros documentos pudieran servir de motivo inicial para un Museo, que cual algunos del extranjero, el de Dupuytren por ejemplo, contribuyeran a enaltecer la historia de nuestra Facultad de Medicina.

Su fervor por la enseñanza siguió sin desfallecimientos, dando en cada curso una nota peculiar según los acontecimientos del progreso, variando en algunos puntos su programa, e incrustando, por decirlo así, en su labor damasquinada diaria el oro más puro de las ideas últimamente adquiridas con el primer vector, la revista antes que el libro. Lejos de enquistarse en su primitivo programa y



en su capital científico primitivo, huyó siempre de las torres de marfil y prefirió esas atalayas de paz, no de guerra, abiertas por sus cuatro costados, accesibles a todas las auras renovadoras del progreso científico depurado, protegidas tan sólo contra esos vientos huracanados que con el polvo ciegan, con el ruido aturden y con su fuerza derribarían el sólido edificio de la tradición, si no tuviera los hondos cimientos de una observación secular y de una experiencia contrastada por el tiempo. Fué en ciencia y fué en la enseñanza de los más progresivos, pero no demoledor, no jacobino. Cuando se agregó a la Cátedra de Higiene la microbiología, a pesar de encontrarse en una edad en que la mayoría de los hombres se hacen conservadores y se escudan en su propio prestigio para defender su posición, él no ofreció la menor resistencia: adaptó el laboratorio de la Cátedra a la reforma, lo ensanchó cuanto pudo y se rodeó de jóvenes que pudieran secundarle en la ampliación docente, siempre bajo su estricta vigilancia.

Así, cumpliendo severamente con su lección diaria a los alumnos, este veterano de la enseñanza daba además conferencias a un grupo de señoras que deseaban iniciarse en las disciplinas médicas, y llegó a los 72 años de edad con actividad mental en tensión diaria, con una visión que no requería el auxilio de lentes ni para el repaso de las innúmeras pruebas de imprenta que pasaban por sus manos, con una palabra flúida y enérgica, con una pluma vibrante. De pronto, cuando menos se hablaba del asunto, surgió el Real decreto de 2 de mayo de 1918, por el cual quedaban jubilados los catedráticos al cumplir los 70 años de edad. Aquel tajante decreto podó enormemente el escalafón, cortando ramas lozanas y dejando otras caducas, y en nuestra Facultad produjo una mutilación enorme, costando la vida docente de Rodríguez Méndez y de tres compañeros más, tan dignos y tan queridos como él.

**DIVERSOS CARGOS.** — Son incontables los desempeñados fuera de su función académica.

Debo encarecer su feliz cooperación al Congreso Médico Internacional que se celebró en Barcelona con motivo de la Exposición el año 1888. Nombrado Secretario general, hubo de desarrollar esfuerzos titánicos para cumplir por sí solo todas las complejas e interminables atenciones de su organización. Quien haya asistido a un Congreso sabrá apreciar de sobra lo que significa, durante el período preparatorio y durante la celebración, el desempeño de la Secretaría. He visto más de un Secretario enfermo al terminar un Congreso. Si la mayoría de los congresistas son españoles, la tarea es algo más complicada, como se vió en aquella ocasión palpablemente. La gestión de Rodríguez Méndez se recordará siempre con satisfacción, por su acierto y regularidad. Y no obstante ella, aun le quedó tiempo y le sobraron energías para combatir contra los que negaban el progreso de la Medicina y las virtudes de la Microbiología.

El año 1894 fué nombrado Presidente honorario de la Sexta Sección del VIII Congreso internacional de Higiene y Demografía, celebrado en Budapest: el *Congreso de la difteria*, como debería llamarse por la sanción que dió a la terapéutica curativa de esta dolencia. Envió para sus sesiones tres trabajos, a cual más sugestivo y trascendente, como podrá verse por sus títulos: 1.º *Las infecciones y el Médico clínico; intervención del Gobierno por deficiencias de aquél.* 2.º *La Higiene internacional actual no tiene razón de ser: o cambia de procedimientos, o debe ser reemplazada por la nacional o regional.* 3.º *Necesidad de que los Gobiernos abandonen la dirección y conservación de la salud pública a los Higienistas.*

**NUEVOS ASPECTOS.** — En estos últimos años dió Rodríguez Méndez señales de unas aptitudes, que permanecían en él latentes, porque sin duda no había llegado la hora de su exteriorización. Me refiero a sus gestiones en la Presidencia de la Federación Gimnástica Española, y en el Rectorado de la Universidad de Barcelona.

Unos jóvenes entusiastas tuvieron el buen acuerdo de nombrarle Presidente de aquella Asociación, y, como siempre, nuestro doctor, convencido de la bondad de la empresa, se consagró a ella con todo ardimiento: juntas, comités, circulares, discursos, torneos que pudieran haberle cansado pronto, le enardecían más, y aquella atmósfera densa que parecía ahogarle con sus campos de juego, sus Asambleas y los ejercicios gimnásticos, no le impedía atender igualmente que antes a sus otras múltiples ocupaciones. Bajo su égida, aquella institución fué pujante, por ella hubo de codearse con un Presidente del Consejo de Ministros y varios Ministros de la Corona; sus valiosas amistades le permitieron engrosar la lista de los inscriptos con Ministros y ex Ministros y, cual si fuera poco la celebración de una Asamblea en Barcelona y de unas fiestas que revistieron carácter popular en nuestro hermoso Parque, llegó el momento de ir en Asamblea a Zaragoza, y a pesar de los obstáculos que hubieron de vencerse y de los indiferentes a quienes fué preciso estimular, allá fuimos un buen núcleo a la inmortal ciudad en octubre de 1901, llevando con nuestra palabra y con nuestra propaganda potentes olea-



das de vida moderna. Rodríguez Méndez fué en la campaña el caudillo afortunado; en aquellos días, de vísperas de las fiestas del Pilar, la Federación Gimnástica Española fué la primera preocupación de la localidad, donde el tiro al blanco, los ejercicios gimnásticos y los discursos engendraron extrañeza primero, y asombro, entusiasmo y adeptos después. De aquella brillante Asamblea salió la declaración de *utilidad pública* conferida con toda solemnidad a nuestra Corporación por el Ministerio. Lástima que aquella reunión de Zaragoza no haya tenido su digna sucesora en Valladolid. Aludo a la propaganda noble y provechosa de la Institución, no a los menguados amaños de despechados, soberbios y cobardes que trataron de amargar las legítimas satisfacciones conquistadas con aquella propaganda generosa.

Al regreso de aquella ciudad dióse por la Corporación un banquete al doctor Rodríguez Méndez, cuya fiesta será memorable, tanto por la animación que en ella reinará, como por las prendas del obsequiado. Algunos brindis allí dichos fueron verdaderos programas de afecto y de mejora social. El primero de aquéllos se cumplió ya: la Federación Gimnástica Española organizó una suscripción popular para regalar al doctor Rodríguez Méndez un objeto artístico que perpetuara su acertadísima gestión al frente de la Sociedad y la lista fué honrada por todas las clases sociales, desde el más modesto obrero hasta el político más empingorotado; la placa, con todos los atributos de la Medicina y de la Higiene y con el escudo de España, es conjunto de ideas ingeniosas y de primores artísticos, ante los cuales quedan oscurecidos el valor intrínseco y el brillo de los metales. Motivó entusiastas aplausos en la Prensa y en cuantos la vieron los días que estuvo expuesta en un escaparate de la calle más rica y mejor iluminada de esta ciudad.

SU GESTIÓN EN EL RECTORADO. — El desempeño del Rectorado reveló otra faceta de su personalidad. Su actuación en él dió muchos motivos al comentario y todos ennoblecieron su carácter. El no pretendió el Rectorado; así como otros Rectores combinaron viajes y apelaron a estratagemas rutianescas para arrancar el nombramiento, después de haber tratado de derrumbar al que estaba en ejercicio; así como otros se han desmedido en halagos, en curvaduras de espinazo y en movilizar influencias para ocupar por *espontáneo* designio del Gobierno el Supremo sillón, Rodríguez Méndez estébáse muy tranquilo en su hogar cuando fué sorprendido por el nombramiento, después que las proposiciones oficiosas habían sido por él declinadas.

Nuestro primer centro docente atravesaba una crisis larga y accidentada. En los de arriba como en los de abajo notábanse síntomas de descomposición. En distintas ocasiones se había hablado de cerrar la Universidad durante unos años para cortar de raíz el mal. Habíase realizado un fenómeno histórico singular. Era rutinario afirmar que en todos los disturbios universitarios los escolares de Medicina eran los únicos agitadores, los causantes de todo tumulto, al paso que los estudiantes de Derecho y los demás que tenían sus cátedras en el local de la Universidad, eran circunspectos, timoratos, juiciosos, que sólo se preocupaban del cuello alto y del «chaquet» de última moda... eran los *señoritos* del cuerpo escolar. En aquellos diez últimos años, los hechos habían cambiado la leyenda. No sólo en vísperas de vacaciones, en cualquier día, con que uno de esos donceles se sintiera artista y se le ocurriera comenzar un himno, surgía el conflicto; y mientras la Facultad de Medicina estaba como una balsa de aceite y se llenaban las clases y las clínicas como en los mejores días de concurrencia y de respeto, en la Universidad andaban a pedrada limpia, los escolares ofendían los atributos de la patria, los sentimientos más nobles de todo ciudadano, alardeaban de tendencias inconscientes y suicidas y la Guardia civil veíase obligada a desenvainar los sables, a poner cerco al edificio, cuando no a penetrar en el vestíbulo. Desdichados los vecinos de aquellas calles, que no podían salir tranquilos de sus casas ni menos sacar sus hijos a paseo, y más desdichados aún los industriales, que habían de cerrar sus tiendas o que las tenían abiertas con grave riesgo de su comercio y de sus escaparates; no había quien se acercara a comprar ningún artículo, en cuanto veían que la caballería barría de gente las aceras como la guadaña deja libre de mieses el campo. ¡Cuán arrepentidos aquellos tenderos que en la proximidad universitaria esperaban protección para su comercio, y era la Universidad la primera en arruinarlo! ¡Los legisladores del mañana, educándose así en el ejercicio del derecho y en la distribución de la justicia! Por arriba el desbarajuste no iba en zaga. Públicas, recientes y por mala ventura inolvidables, eran ciertas frases de un Rector que arengaba a los alumnos, y aunque menos públicas, no faltaban historias que corrían de boca en boca y que acaso dieran cuenta del origen de la levadura que encendía aquella fermentación escolar.

Así estaba por fuera y por dentro la Universidad, cuando el doctor Rodríguez Méndez fué nombrado Rector en 19 de noviembre de 1901.

Apénas se habían disipado las agitaciones a que un Rector, poco discreto y menos sociable, había dado origen, con unas frases imprudentes que además de su mal gusto, sobre todo en los labios de

un académico, destilaban ofensas para la patria española. Su destitución fué inmediata; pero seguía el descontento en los universitarios; continuaba la inquietud en la ciudad por el cierre casi a diario de los establecimientos de la plaza de la Universidad y calles adyacentes, convertidas en escenario de motines, carreras y cargas; las espaldas de muchos estudiantes, doloridas todavía por los golpes policíacos y el eterno hervor de pasiones pequeñas aventadas con el viento huracanado que surgía de la Universidad, requerían un Rector especial. El nombramiento del doctor Rodríguez Méndez fué como un bálsamo popular. Su prestigio acalló todas las ambiciones; su bondad y su táctica tranquilizaron los espíritus; se hizo una tregua; el armisticio trajo una paz duradera y una era espléndida de vigor universitario. Su toma de posesión, aun descontados todos los alicientes de su oratoria sugestiva, tuvo un gran mérito; insistió en sus *deseos de paz a los hombres de buena voluntad* y reinó la paz universitaria. Sus alocuciones, paternas, a los escolares, moderaron las agitaciones, los resentimientos y los resquemores de éstos y las aulas se vieron concurridas, las lecciones fueron escuchadas con devoción.

¡Qué sorpresa para muchos! El modesto catedrático de Medicina que no había politiqueado nunca y había huído siempre de toda ostentación, era elevado al más alto sitio. Para desvirtuar la razón de su nombramiento; se sacaron a relucir sus tendencias políticas, diversas del partido gobernante y su falta de historia burocrática; es que aquí, por educación social, deficiente y nefasta, antes de elegir los hombres de mérito real para los cargos públicos, se prefieren aquellos otros que han brujualeado por los casinos del partido o que más alarde han hecho de hollar la legalidad cuando el cacique lo ha querido. ¡Cómo fallaron los augurios de aquellos primeros días, hechos por los rutinarios de siempre!

Rodríguez Méndez con esa sonrisita dulce e irónica, con este talento social y con su energía, apaciguó los espíritus; su previsión, como buen higienista, salvó a Barcelona de una deshonor, de la clausura de su Universidad; cortó aquellos hilos ocultos de corrientes sospechosas, estableció con su gran tolerancia el equilibrio y la neutralidad; por sus sentimientos caritativos abogó en todo momento oportuno por que se aumentara el sueldo a esos humildes bedeles, que a pesar de sus levitas galoneadas no cobraban más de 15 ó 22 duros al mes y con ellos habían de sostener la familia. Y no contento con haber encauzado la vida académica, se aplicó a regularizar la vida económica presente y pasada de la Universidad, haciendo él solo en dos años lo que no habían hecho cuatro o cinco de sus antecesores en veinte años.

A esta pacificación moral de los espíritus siguió el saneamiento del crédito económico de la Universidad. Por causas que no he de analizar, ésta traía de antiguo una retahíla de deudas; las facturas impagadas y aplazadas formaban una montaña; se llegó al extremo de que ningún industrial quería realizar trabajos para el soberbio y monumental edificio que estaba entrampado y más de una vez estuvo la Universidad a punto de ser demandada por insolvente. Por aquella señorial escalinata desfilaban durante años varios industriales con sus facturas, y es de suponer que el augusto templo de la Ciencia no sería para ellos ni tan augusto, ni tan templo, desde el momento en que, aburridos, querían realizar sus créditos por la vía judicial. Rodríguez Méndez aplicó grandes esfuerzos a pagar todas las deudas, librando a la Universidad del denigrante epíteto de tramposa. Al cabo de pocos meses, el primer Centro docente llevaba sus pagos al día.

LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA. — Hombre de sus energías, de sus convencimientos y de sus arrestos, no podía tolerar la rutina consuetudinaria, astixiante, que había mantenido la Universidad aislada del medio social. Convencido de que la luz de la ciencia no podía difundirse con aquella clausura hermética, abrió de par en par las puertas y ventanas, para que esa corriente de renovación recorriera hasta los más recónditos recovecos del edificio, y, dando acceso fácil al que quisiera instruirse y salida amplia y libre a los resplandores del saber universitario, transformó, en breve espacio de tiempo, aquella función medioeval, encerrada en los inmensos paredones, en una actuación externa de divulgación científica, de diseminación de la cultura. Fué el gran sembrador de ideas; apuró a su alrededor los profesores y los escolares, como él ávidos de modernizar, de democratizar la Universidad, y predicando con el ejemplo entronizó la costumbre de las conferencias y fué tal el incremento que esta propaganda científica adquiriera, que fué preciso organizar aquel numeroso ejército, distribuirlo convenientemente para hacer más fructífera su labor. Así se creó la *Extensión Universitaria*. ¡Qué obra más colosal aquélla! Yo que fuí, si bien el más modesto, uno de los más entusiastas servidores de ella, recuerdo con honda emoción aquella campaña y no he dejado de protestar contra la manera pífida, de mansa hipocresía, con que fué disuelta apenas dejó el Rectorado el doctor Rodríguez Méndez. No hay para qué remover las aguas muertas de una ciénaga, que, por lo menos, ofenden los sentidos cuando no dañan al organismo entero.

Admiraba aquel conjunto de jóvenes escolares y de respetables profesores que rivalizaban en entusiasmo por excederse en la labor de difundir la cultura, ejército activísimo que irrumpía en todas direcciones por las estepas de la ignorancia, para conquistar con las armas del espíritu aquellos territorios vírgenes. Pero admiraba más todavía aquella ansia de saber, que recorrió como una tromba huracanada todas las agrupaciones obreras; la constante demanda de conferencias de todas las Asociaciones, Ateneos, Casinos de las distintas poblaciones y provincias de Cataluña; la respetuosa atención con que escuchaban la palabra elocuente o llana del conferenciante; la fruición con que recibían las nuevas ideas de arte, de ciencia, de literatura, de higiene, de derecho, de comercio; la gratitud que rebosaba de aquellos pechos una vez terminada la oración y el entusiasmo con que recibían la promesa de una nueva conferencia. Muchos éramos los soldados de aquel ejército; así y todo, día hubo en que no podíamos satisfacer todas las peticiones y eso que algunos nos excedíamos; día festivo hubo en que yo hablé en tres distintos centros.

¡Obrero singular, este catalán, que se acerca a pedir instrucción, que solicita una conferencia con más insistencia que pide aumento de jornal, y que asedia a jóvenes y a viejos, a alumnos y a profesores, para que vayan a sus centros a instruirles! Había que ver en aquel salón doctoral de la Universidad, obreros de tez tostada por las irradiaciones de las calderas y de manos con tintes negros por la grasa de las máquinas, escuchando con ansiosa atención la respuesta que el doctor Rodríguez Méndez daba a su mensaje en una hermosa oración, y era de ver cómo palidecían unos, cómo se enrojecían por la emoción otros y cómo lloraban muchos de aquellos hombres al parecer rudos e insensibles; este fondo de ternura demuestra que los obreros de esta región, bien dirigidos e instruidos poco a poco, amantes como son de la familia y del ahorro, pueden ser una salvaguardia del orden en las transformaciones sociales, y que si en vez de abandonarles a su propia y defectuosa orientación, se les arranca de la taberna y de los clubs clandestinos y se les encamina hacia la cultura del espíritu y hacia la escuela que les despierta el placer de la instrucción, se les hace un gran bien a los de abajo y se protege con seguridad a los de arriba, porque es sabido que si se descuida la profilaxia higiénica, los males contagiosos de los niños de la buhardilla suelen transmitirse a los niños del piso principal por muy protegidos que estén; un racional egoísmo nos enseña a velar por el saneamiento de todo el edificio, porque un mal próximo es siempre un peligro en acción. Esta fué la obra de misericordia que aquel Rector realizó y que mereció unánimes aplausos. Acaso no tan unánimes porque los rancios de siempre, aquellos fríos de corazón, indiferentes para el bien, se escandalizaron de que las togas alternaran con las blusas y los birretes con las gorras, y llegaron a condenar esa promiscuidad. Cual si ignoraran que el trabajo es una virtud; una cualidad fisiológica, y que aquellos estirados lores ingleses, a pesar de sus inmensas riquezas y de sus linajudos pergaminos, también trabajan dirigiendo la cría de cerdos, de caballos o de perros. No ofendieron al Rector sus diatribas: valían poco, y su autoridad era escasa por su historia; acaso algunos quemaban incienso en altares que antes apedrearon, y tráfugas de los partidos políticos, pancistas del presupuesto, en religión, a pesar de sus manifestaciones hipócritas, podían ser como aquella penitente llegada a la vejez, de quien su director espiritual decía que *había dado la carne al mundo y los huesos a Dios*.

A pesar de aquella guerra sorda, no era posible el desaliento; al ver que el Rector cuanto más alto había sido elevado, más empeño parecía mostrar por descender al campo de los humildes, todos nos sentíamos gozosos de imitarle y no nos desdenábamos de asistir a los centros obreros más sencillos; cuando, de otra parte, veíamos aquellos obreros con su traje de faena, los temidos metalúrgicos por ejemplo, que en un café del más ruin aspecto, una vez empezada la conferencia, se interrumpía todo servicio, abandonaban sus copas o sus tazas para escuchar con suma atención al conferenciante, y que, al menor ruido voluntario, imponían silencio, no cabía desertar de aquella misión verdaderamente apostólica, y todo esfuerzo nos parecía poco para corresponder a aquel interés, para colmar aquel vacío de la instrucción. Y téngase en cuenta que aquellas masas estaban acostumbradas a oír la palabra fogosa y ardiente del tribuno, palabra que despertaba en ellos ansias de rápida redención, que les ponía vibrantes los nervios con la promesa de una represalia de clases, que halagaba sus oídos con la esperanza, vana e irrealizable, pero seductora, de una inmediata revolución, de una pronta conquista de la tierra de promisión. No; nosotros no les hablábamos de política, no halagábamos sus pasiones, ni encendíamos el rescoldo del odio de clases, ni les prometíamos represalias, ni el reparto universal, ni la distribución de riquezas sin trabajo, no; nuestra palabra les ofrecía ideas de bondad, de educación, de perfeccionamiento de su arte, de la higienización de sus talleres, de las enseñanzas de la historia, de las maravillas de la ciencia; diríase que aquellas legiones de obreros, ahitos de las predicaciones de los tribunos arrebatadores, de falsos redentores, gustaban más de la palabra llana, sencilla, del conferenciante, como manjar suave que por su sencillez doméstica sienta mejor al estómago. Así no ha de maravillar que en esa compenetración en que vivíamos, los sábados, domingos

y días festivos los pasáramos en una completa peregrinación de pueblo en pueblo o de Ateneo en Ateneo.

A veces las sorpresas recibidas nos obligaban con nuevos atractivos a la continuación de la campaña. La provincia de Gerona fué fértil en estas revelaciones. Requerido yo en una ocasión para dar una conferencia en San Feliú de Guíxols, adonde fui más de una vez, iba a tratar del alcoholismo y sus estragos, y al entrar en el salón de conferencias me sorprendió el siguiente rótulo, que estaba en el testero: «En este Centro no se expenden bebidas alcohólicas, porque son dañosas a la salud.» En Cassá de la Selva habíase anunciado una conferencia, pero las exigencias de otros Centros de la localidad me obligaron a dar tres. Y todo esto se hacía insensiblemente, sin sentir fatiga, aunque hubiera de pasarse la noche en vela para tomar el tren de madrugada y llegar el lunes a Barcelona para atender a las obligaciones habituales. Los exámenes de los Ateneos, los repartos de premios, las inauguraciones de curso, todos eran motivos para que los individuos de la *Extensión Universitaria* asistieran a aquellas solemnidades del torneo intelectual. Así la continuidad del trabajo servía como de amalgama entre unos y otros y no era posible la interrupción. Las clases obreras nos prodigaban las mayores manifestaciones de gratitud; la tierra era fecunda y cobijaba con intenso amor las nuevas semillas. La gran masa de población en los pueblos y ciudades, todos veían con simpatía y con elogio estas propagandas bienhechoras y, en la medida de sus fuerzas, las patrocinaban.

Pero los elogios no eran unánimes. Una pequeña parte, la formada por los egoístas de todos los tiempos, los mal avenidos con la doctrina cristiana de que «todos somos hermanos en este valle de lágrimas», no obstante que con su lengua propalen lo contrario de lo que abunda en su corazón, los impotentes y los envidiosos, abrieron las esclusas del vituperio, y los de este grupo, tanto los que por razón de su cargo estaban obligados a secundarnos, como los ajenos a él, arrogándose una representación social elevada que no tenían y obrando por impresión, por orgullo, por idiosincrasia o por desdén a lo humilde y plebeyo, lejos de secundarnos en esta obra de misericordia de «enseñar al que no sabe», tratában de malograrla con la conspiración del silencio, con una abierta hostilidad o con una serie de críticas capaces de retraer a los tímidos y de aburrir a los entusiastas. Que nuestra intención era sincera y desinteresada y aquella acusación bastarda e injusta, lo demostramos más tarde, cuando llegado el momento de obtener una recompensa política con las elecciones, unos nos negamos fieramente a ir en candidatura y otros, como Rodríguez Méndez, elegido diputado a Cortes, no llegó a tomar posesión del cargo.

Era incomprensible, mejor diría suicida, en el orden social, aquella enemiga contra la *Extensión Universitaria*. Lejos de estrangularla, debióse fomentar por las clases llamadas conservadoras; con aquella propaganda honesta, de respeto al derecho común, de instrucción sana y correcta, se elevaba el nivel social del país, se aumentaba la instrucción, y esta labor, además de ser enteramente gratuita, pues nos costeamos nosotros mismos los gastos de viaje, tenía de todos modos una finalidad: la de *limar las uñas a la fiera*, dulcificando sus costumbres y contrarrestando las propagandas violentas y rabiosas de los políticos de oficio.

Combatida y todo, luchando con los asedios y los dardos de los despechados, la *Extensión Universitaria* realizó obras de singular valía. Formóse un ambiente tal, que sin pretensiones de anular ni de eclipsar a nadie mereció los elogios más fervientes de la Junta de Oviedo y de su digno representante doctor Aniceto de la Sela, Rector de aquella Universidad.

Esbozados ya los problemas públicos del Rectorado, el doctor Rodríguez Méndez inauguró una costumbre: la de invitar a los Ateneos obreros a los actos solemnes de la Universidad. ¿Qué tenían que hacer allí los obreros? — se dijo. — ¿Por qué la severa toga del docente, la muceta policroma de los catedráticos, habían de rozarse con la modesta blusa del obrero? Pasen los uniformes galoneados de las altas jerarquías sociales civiles, militares y eclesiásticas; pero ¿los obreros? Esta era la más suave censura que suscitó tal medida. ¿Qué tenían que hacer allí los obreros? La eterna soberbia del encumbrado, el orgullo de los endiosados, no podía dar la respuesta verdadera. Desconocía uno de los factores. Esta sólo podíamos darla los que nos habíamos mezclado con los humildes, los que habíamos visto en sus modestas inauguraciones de curso, de su asistencia a nuestras lecciones, aquel silencio, aquel respeto, aquella atención, aquella gratitud, que era el mayor galardón y estímulo nuestro. Los obreros en la Universidad no hacían falta alguna ciertamente, porque corrían riesgo de contaminarse, de perder sus buenas costumbres, su corrección. Al asistir a aquellas sesiones inaugurales de curso en la Universidad, en que los alborotos, los silbidos, los taconeos, los aplausos repetidos y por mofa impedían la asistencia tranquila de las autoridades, desacatadas, y la lectura del discurso inaugural, interrumpido, los obreros recibían una lección de indisciplina, presenciaban un pecado de escándalo, y si los estudiantes universitarios, los futuros directores de la sociedad española, apelaban a aquellos procedimientos en la inauguración de la vida académica y ante las autoridades más elevadas del país, ¿qué les correspondía hacer a ellos, la clase baja social? Esos escándalos se han evitado ciertamente

como se evitan artificialmente estos trastornos, por falta de concurrencia, restringiendo la entrada; pero años más tarde, cuando no hay escándalo, los Ateneos obreros no son invitados a la inauguración de curso ni a otros actos solemnes de la Universidad.

Existen en Cataluña numerosas reuniones de obreros que con el título de Centros o de Ateneos atienden al esparcimiento del espíritu, a la asociación y a la instrucción. Algunos están dedicados exclusivamente a la enseñanza durante el día para los hijos de los socios y, durante la noche, para los socios o para los jóvenes que han de ganar su sustento con su jornal. Allí la enseñanza se practica desde las primeras letras hasta las bellas artes, las artes útiles, la teneduría de libros, comercio, etc. El tipo de éstas es el Ateneo Obrero de Barcelona. Otros más complejos, tienen, además de la escuela, teatro, salón de baile, café y cooperativas de consumo para los artículos de primera necesidad. Les falta a todos ellos, en general, servicio de baños y campos de deporte, acaso porque no les han dado la idea, que deseos no les faltan de mejorar las condiciones de su Centro. Es difícil hallar un obrero en Cataluña, sea o no catalán, que no pertenezca a alguna de estas Sociedades; el soltero, por el aliciente del baile o del café; el casado, por la enseñanza de sus hijos; unos y otros, por el deseo de la instrucción. El Ateneo de Gracia, el de San Andrés, el de Badalona, el de Mataró, el de San Baudilio, Tarrasa, Sabadell, todos fueron visitados frecuentemente por los individuos de la *Extensión Universitaria*. Aquella comunión espiritual en que vivió la Universidad con los diversos Centros obreros, con la masa obrera, de haberse continuado unos años más, habría elevado considerablemente la educación cívica de Cataluña, y eso que de ésta podían tomar ejemplo de luengos tiempos muchas regiones de España.

LA ASAMBLEA UNIVERSITARIA. — Digno coronamiento de la *Extensión Universitaria* fué una fiesta celebrada en los primeros días de enero de 1905. Celebrada la Asamblea Universitaria en Valencia, tocó el turno de su celebración en Barcelona; el Rector debía ser el Presidente efectivo, y al ocupar aquel cargo el doctor Rodríguez Méndez tocábale ser la víctima propiciatoria de las luchas de las ideas, de la guerra sectaria, más propia de la Edad Media o de tribus salvajes que de hombres cultos, tolerantes y profesionales de la ciencia. Se encargaron las distintas ponencias de Medicina, Derecho, Filosofía, etc., a distintos catedráticos. Uno de los designados fué el doctor Unamuno, y al solo anuncio de ¡que viene Unamuno! se produjo un revuelo extraordinario; pero el alboroto alcanzó la más alta tensión cuando fué conocida una de las conclusiones de la ponencia del Catedrático de Salamanca, la relativa a la conveniencia de la supresión de un artículo del Concordato que, no habiéndose ejercitado por nadie hace años, parecía extinguido de hecho por desuso. El doctor Rodríguez Méndez, previsor y discreto, antes de dar a la publicidad tales conclusiones, escribió al doctor Unamuno rogándole que en aras de la paz y de la armonía suavizara el concepto o le autorizara para hacerlo. No hubo medio; el ponente sostuvo sus derechos y sus ideas; las huestes de aquí, en vez de aprestarse a preparar argumentos para pulverizar con razones y con las armas de la inteligencia los argumentos de Unamuno, apelaron con notoria injusticia al escándalo en las Corporaciones y en la Prensa, haciendo pagar al Rector los vidrios rotos por un tercero y correspondiéndole ingratamente sus buenos oficios para evitar el disgusto. Los modernos Torquemadas se ensañaron con una crueldad sin límites contra el Rector honesto, bueno y sabio, con el compañero que en aquella ocasión era bien inocente de la hazaña. Clandestinamente, puesto que no lo conocimos todos, se cursó un documento y se recogieron firmas censurando al Rector, y muchos que a éste debíanle favores personales y motivos de eterna gratitud estamparon su firma en él, sellando con ésta su propio padrón de ignominia de ingratos y de sectarios; no contentos con esto, se llegaron a perturbar la quietud beatífica del Palacio episcopal y de allí surgieron informaciones poco en armonía con la pacificación de las almas. ¡Cuán funestos los corifeos! En medio de aquel hervor, de aquella guerra encendida inconscientemente por el señor Unamuno, los organizadores de la Asamblea habíamos hecho los preparativos necesarios, comprometido las habitaciones en los hoteles, recabado las rebajas de los ferrocarriles y tomado cuantas disposiciones nos necesarias para una Asamblea semejante; pero como la hostilidad iba en aumento, ocho días antes de la inauguración el Rector nos convocó a una reunión en la Universidad para plantear el problema del aplazamiento en espera de que se aquietaran los ánimos. La fatiga parecía invadir los espíritus, pero haciendo una invocación a la propia dignidad de organizadores, a los compromisos adquiridos y a la injusticia de los alborotadores, yo sostuve el criterio de ir adelante a ultranza, de no suspender la Asamblea, de celebrarla con tal de que quedáramos dos, un presidente y yo que me prestaba a ser secretario, y preguntando después uno por uno si se quedaban o se retiraban de la Junta, quedamos casi todos; entre ellos el señor Marsal, de grato recuerdo, que no obstante ser de la Junta diocesana y de sentimientos religiosos intensos, declaró que no consideraba pecaminoso continuar en la Junta, y en ella permaneció hasta celebrarse la sesión inaugural. La Asam-

blea Universitaria quedó salvada de un ridículo inmenso. Los que no pudieron evitarlo para sí fueron los detractores, porque el señor Unamuno no tuvo siquiera el rasgo de venir a la Asamblea y le dieron el fácil triunfo de haberlos perturbado y revolucionado a distancia y con un papel mojado, pues no se leyó su ponencia y les dispersó como se ahuyenta a los inocentes pájaros de los sembrados enarbolando un espantajo. Inaugurada la Asamblea Universitaria en el día señalado previamente, fué un éxito inmenso, a pesar de que mediaron cartas para fomentar el retraimiento. Para ella se hicieron las invitaciones a todas las autoridades, y todas concurren a la Universidad, excepto una, a quien la invitación fué, si es posible, más atenta que para las otras y, no obstante esta respetuosa deferencia, la alta autoridad eclesiástica contestó con un oficio desabrido rechazando la invitación. Lo peor fué, lo más lamentable, que aquel oficio dirigido al doctor Rodríguez Méndez se hizo público en la Prensa, que no había para qué, pues se trataba de un documento particular. Los sectarios, en su soberbia luciferina, no veían que con ello se hacía pública una peligrosa comparación de conductas; a la respetuosa del Rector una respuesta despectiva, ésta, como toda desatención, venga de donde viniere, siempre tiene un calificativo, que es tanto más duro cuanto más alta la procedencia de aquélla. De otra parte, se cometía el pecado de escándalo público por medio de los periódicos. Por singular contraste, años después, el obispo doctor Laguarda, aquel santo varón de gratísima memoria, distinguió a Rodríguez Méndez con singular afecto, y en las conferencias que celebramos con motivo del Congreso de la Tuberculosis fué festigo de la complacencia que su conversación le producía, de la estimación con que le trataba y de su buena disposición para propagar, por medio del clero parroquial, las ideas profilácticas de la tuberculosis. Por fortuna, las sesiones de la Asamblea estuvieron concurrendísimas, a rebosar, porque los asambleístas venidos de fuera desentendiéronse de aquellas rencillas y se dedicaron, con la mejor buena fe, a discutir los problemas puestos a discusión, y aquel ambiente malsano, local, fué purificado por los aires frescos venidos del exterior. El éxito de la Asamblea fué la mayor condenación de la conducta inoble de los intransigentes; no se advirtió la deserción, antes bien, su ausencia aseguró la tranquilidad de los debates.

Digno remate de aquella reunión fué la fiesta que en honor de la Asamblea celebraron los Ateneos obreros de Barcelona, de Cataluña. Sin quererlo, sin sospecharlo siquiera, realizaron un acto de desagravio, consolador, para los organizadores de la Asamblea, especialmente para el Rector, su Presidente, al propio tiempo que rindieron un homenaje de adhesión a los asambleístas y a la *Extensión Universitaria*. Organizóse una manifestación pública imponente en la Plaza de Cataluña; los Ateneos, las Sociedades obreras, sus socios y los alumnos de ambos sexos de las escuelas concurren a la gran plaza con sus banderas y sus estandartes, y en filas apretadas, compactas, poseídas las masas de gran respeto y solemnidad, fueron marchando en dos hileras por la Ronda de la Universidad y la calle de Aribau hasta la nueva Facultad de Medicina; entraban ya en ésta los primeros manifestantes y todavía quedaban esperando turno algunos grupos en la Plaza de Cataluña; alguien sumó de 8 a 10,000 almas en aquella manifestación; el gran antiteatro de la Facultad, los claustros adyacentes, el gran patio central, fueron insuficientes para alojar la multitud apiñada; los Presidentes de la Asamblea pronunciaron discursos alusivos al acto, sobresaliendo entre todos el de Rodríguez Méndez y el del Catedrático de Oviedo, doctor Aniceto de Sela. Habíanse obtenido varios donativos solicitados de clientes ricos y generosos, y así pudieron otorgarse premios en metálico de 500 pesetas a una veintena de Ateneos, los que más se habían distinguido por sus adhesiones a la *Extensión Universitaria*. Se concedieron también algunas medallas a los miembros más activos del Comité de cultura. Yo fuí agraciado con una de ellas. Aquel movimiento fué imponente y reveló la existencia de una fuerza social poderosa, que dirigida por cauces de rectitud, antes que romper diques, podía servir para una organización defensiva y justa.

De aquella manifestación se habló mucho y durante mucho tiempo, y aun cuando no dejó de ser calumniada, suponiéndola intenciones que ni los organizadores ni los de la *Extensión Universitaria* habíamos tenido, se tomó de pretexto para morder en ella los eternos canes hambrientos del descontento y de la hipocresía.

Aquel triunfo pudo servir de bálsamo a todos los que habíamos sufrido las injusticias de la crítica.

Pero se hacía preciso ventilar este pleito en el seno de la familia docente, en el claustro de la Facultad de Medicina. Y yo, que me irrito siempre ante la ingratitud y la injusticia, no podía permanecer callado ante la deslealtad que algunos compañeros de claustro habían cometido al redactar, firmar y propagar clandestinamente aquel documento que, además de censurar la ponencia del señor Unamuno, iba expresamente dirigido a mortificar al Rector, al jefe querido, al compañero bondadoso, al maestro de algunos, al hermano mayor de todos en la Facultad. Algunos le debían favores recientes, de aquellos que se relacionan con el sueño dorado de una Cátedra. Todo se había olvidado, con



tal de preparar en la sombra un golpe traicionero contra el Rector tolerante, de ideas liberales. Por agudo contraste con la conducta de los que quieren ser más *papistas que el Papa*, corría de boca en boca la respuesta que un sacerdote, el doctor Cortejón, había dado a los que le invitaron a firmar aquel documento:

«Yo no firmo eso — dijo el digno Director del Instituto — porque es una bofetada al jefe y una puñalada al amigo.»

Y si decía eso un dignísimo sacerdote, a quien los hábitos obligaban con mayores escrúpulos, ¿qué no habíamos de decir los amigos leales, los amantes de la justicia y de la supremacía del poder civil? Aproveché la primera Junta de Facultad, celebrada en el mismo mes de enero, y en pleno claustro fui criticando acremente la conducta de los que tan ingrata y deslealmente se habían conducido con un compañero honrado y con un jefe recto. Mis apóstrofes tuvieron la callada por respuesta, y ante aquel silencio la acusación quedó en pie sin ser rectificada. El doctor Rodríguez Méndez vino a mi casa aquella misma noche a darme las gracias por mi campaña de desagravio.

Unos meses después, el 31 de mayo de 1904, el Ateneo Obrero de Barcelona celebró una fiesta conmovedora para tributar al doctor Rodríguez Méndez y a la Junta de *Extensión Universitaria* un homenaje de gratitud y de admiración. Presentes en ella, además del doctor Rodríguez Méndez, varios individuos de la agrupación docente, y previos unos discursos de gratitud de los alumnos y del jefe de estudios del Ateneo, ofrecieron al doctor Rodríguez Méndez una escribanía como ofrenda material de su reconocimiento; a continuación pronunciaron discursos algunos de los nuestros, y, por fin, puso término a la velada con otro suyo, digno de su elocuencia, de su saber y de su gratitud. el doctor Rodríguez Méndez (1).

SU CESACIÓN DE RECTOR. — Al advenimiento de un nuevo Ministro de Instrucción Pública, el doctor Rodríguez Méndez ponía siempre el Rectorado a su disposición, muy al revés de otros, re-nuentes, que ni a fuerza de desaires ni del descontento general lo dejaron, y aquel Rector *liberalote*, a quien sostuvo en su sitio un Ministro conservador como el señor La Cierva a despecho de burdas maquinaciones, dejó de serlo al subir a la poltrona un Ministro liberal. ¡Había quien seguía apete-ciendo el cargo! ¡Cosas de España! Al retirarse a su modesto hogar le acompañó el general aprecio, y así como otros cayeron en la sima del olvido, cerrada con una general indiferencia cual correspondía a una gestión anodina, estéril, la figura del doctor Rodríguez Méndez parecía agigantarse. Dígalo aquella grandiosa manifestación que se organizó en su obsequio una mañana por las Juntas de los Ateneos y de las Asociaciones obreras. Yo fui comisionado por éstos para redactar un mensaje de felicitación y de acatamiento, y puse en él cuantas palabras representativas del afecto, de la gratitud y del encomio posee nuestro riquísimo léxico. Así y todo, creí haberme quedado corto.

Organizé la manifestación en la Rambla de Cataluña, esquina a la Vía Diagonal. Presidíala el conde de Lavern, Delegado regio de primera Enseñanza, contento y orgulloso de haber convivido en el cargo con aquel Rector; era una mañana espléndida de primavera, y Rambla abajo, refulgiendo las sedas de las banderas ante los rayos diáfanos del sol, desembocamos por el Consejo de Ciento, para llegar a su unión con la acera derecha del Paseo de Gracia, donde tenía su domicilio el ex Rec-tor. Los manifestantes y los curiosos agolpáronse en compacta masa que llenaba ampliamente las cinco avenidas del Paseo de Gracia, interrumpióse la circulación de tranvías y de toda clase de vehí-culos; la vida de la ciudad entera parecía agolpada bajo los pequeños balcones del entresuelo. En uno de ellos, junto al Maestro, hallábase, como homenaje de la ciudad, el Alcalde don Rómulo Bosch y Alsina, y ante aquel mar de cabezas apiñadas, inmóviles por la proximidad de unos a otros, yo, dando por momentos cara al maestro y al Alcalde y por momentos al público, elevando cuanto pude mi voz, di lectura al mensaje, qué no por su mérito, sino por su significación, fué interrumpido más de una vez por los aplausos. Unas palabras del señor Alcalde de Barcelona y del doctor Rodríguez Mén-dez y la disolución pacífica de la concurrencia dieron término a aquel acto de simpatía, al que, según opinión de algunos inteligentes, habían concurrido unas 40.000 personas.

Unas semanas más tarde, el ex Rector Rodríguez Méndez, en unas elecciones de diputados a Cortes, había obtenido más votos que el candidato más amado de las multitudes, que el señor Sal-merón. Pero como el doctor Rodríguez Méndez no hizo el bien como escalón para conquistar una posición política, renunció el acta, sin tomar posesión del cargo de diputado a Cortes.

La vacante dejada por el doctor Rodríguez Méndez despertó apetitos canibalescos. No he de repetir las historias que corren de boca en boca acerca de los aspirantes y de las maniobras rufianes-

(1) Véase para más detalles, la *Revista del Ateneo Obrero de Barcelona*, junio de 1904.



cas puestas en juego. Para algunos ha llegado ya la muerte con su manto nivelador y no es piadoso levantarlo. ¡Paz a los muertos!

Al faltar el doctor Rodríguez Méndez del Rectorado, desposeído de aquella autoridad oficial que le permitía dirigir la cultura pública, la *Extensión Universitaria* recibió un rudo golpe. Faltas de jefatura, las huestes habían de disociarse y morir. Por esa absurda y desorientada política de nuestros gobernantes, así como el cambio de Ministro no lleva consigo la continuidad de la labor iniciada, sino la destrucción de todo o parte de lo hecho, así el Rectorado que siguió al del doctor Rodríguez Méndez tuvo dos características lesivas para la cultura pública: la extinción de la *Extensión Universitaria* y la prohibición oficial de la Exposición Pedagógica Internacional, un certamen que llevaba un año de preparación y que hubiera traído a Barcelona y a España oleadas de cultura, junto con la demostración de los métodos pedagógicos más modernos practicados en los países más cultos. Teníamos muy adelantados los trabajos para llevar a cabo aquella empresa, cuando un día llegó a mis manos, como Presidente de la Comisión organizadora, una Real orden suspendiendo la prosecución de la empresa. No valía la pena ambicionar un cargo para adquirir ante la historia estas dos responsabilidades culturales.

EL PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL ESPAÑOL DE LA TUBERCULOSIS. — Con motivo del Primer Congreso Nacional de Tuberculosis celebrado en Zaragoza, nos reunimos en la invicta ciudad gran número de médicos, y en la sesión de clausura se acordó que el próximo de la Tuberculosis se celebrara en Barcelona, en 1910, y que fuera su Presidente el doctor Rodríguez Méndez. Tampoco él pretendió este cargo, que le fué impuesto por aclamación y en reconocimiento de sus méritos. Los alegatos de sus ideas liberales y expansivas no fueron ocasión para discutirle la Presidencia; nadie regateaba ni sus méritos, ni su capacidad, ni su filantropía, y, no obstante, este Congreso había de ocasionarle serios disgustos. Los primeros chispazos surgieron ya en Zaragoza. El Presidente del Patronato de la Tuberculosis en Barcelona, que por cierto no era médico ni tenía ningún título universitario, quiso tratar de potencia a potencia con el Presidente del futuro Congreso, cual si en materias científicas cupieran intromisiones de personas profanas en la Ciencia y desprovistas de la primera cualidad, la de poseer el título universitario, única condición que da derecho a la beligerancia. Cuestiones de etiqueta empezaron por romper la concordancia de acciones y de voluntades, y un carácter como el de Rodríguez Méndez no podía someterse a veleidades ajenas. El segundo disgusto fué motivado por haber sido yo designado para desempeñar la Secretaría general de aquel Congreso. Identificados el doctor Rodríguez Méndez y yo por la simpatía mutua, por afinidad de las almas y de los ideales, seguros ambos de nuestra recíproca lealtad en todos los terrenos y hablando de la responsabilidad que le había impuesto el Congreso de Zaragoza, resultó por modo espontáneo el que yo me encargara de la Secretaría. Y como este cargo era codiciado por cierto grupo, y a que por imperativo mandato de Zaragoza había que renunciar al de Presidente, antes de acordarse en definitiva mi nombramiento de Secretario se despertó una crítica despiadada contra el nombramiento, y precisamente por esa oposición, para demostrar que no se admitían ingerencias ni se tenían imposiciones, se consolidó el proyecto y yo fui nombrado Secretario. El tercer motivo de disgusto fué ocasionado por el idioma del Congreso. En realidad, inquiriendo las causas de todas las críticas, se llegaba a un solo y único origen: el despecho de algunos hombres. Barrenando con los argumentos del idioma los cimientos de la obra, se pretendía abrir diversas brechas, ora por el lado de las personas, ora por el de los ideales, sin parar mientes en que al provocar un fracaso preparaban un ridículo para la ciudad amada de todos. Ocupados los cargos del Comité organizador y de las distintas Secciones, el doctor Rodríguez Méndez convocó en el local de la Real Academia una reunión pública para dar cuenta del plan del Congreso, del personal nombrado y para recibir las inspiraciones, rectificaciones o ampliaciones que tuvieran a bien formular los asistentes; esta especie de plebiscito, procedimiento democrático por excelencia, fué objeto de unánimes aplausos; no se alzó allí una voz que no fuera para dirigir elogios a la organización, y obtuvimos de aquella reunión el convencimiento de que la preparación del Congreso iría por vías pacíficas y armónicas.

Pronto desapareció el optimismo; pasadas algunas horas, algunos días, empezaron a brotar actos de descontento porque el catalán no formaba parte del idioma del Congreso. Para tranquilidad de nuestra conciencia, formaban parte del Comité de organización conspicuas personalidades del catalanismo, como el doctor Fargas, el doctor Torres, el doctor Roca y otros, quienes, aceptando como intangible el mandato de Zaragoza y siendo el Congreso español e internacional, no hallaron motivos para semejante campaña; pero ésta siguió desde fuera tratando de mortificarnos a los que estábamos al frente de la organización. La mayoría nos amparamos en el refrán de «palabras necias oídos sordos» y seguimos nuestra labor impávidos, sin rectificar la conducta, despreciando las asechanzas

malévolas. Tan sólo un compañero, dotado de tanto talento como vehemencia, amante de Cataluña y de su idioma como el primero, rompió por su cuenta el silencio y se encaró, él solo, contra todos, riñendo una batalla formidable que desde los periódicos llevó a los mitines obreros; porque hay que decir que aquellos mentidos defensores del idioma tenían la cola de paja y sobre ella prendió fuego con singular maestría y con extraordinario acierto. Este campeón fué el doctor Queraltó, a quien nos fué imposible contener una vez lanzado; y su campaña en periódicos y en mitines, si bien apagó los fuegos de los contrarios, dejó sedimentos de responsabilidad civil que dieron motivos para querrelas por injuria y procesos, que a él le ocasionaron el destierro y a todos nosotros disgustos y amarguras sin cuento.

El Congreso se celebró con inusitada solemnidad, y hago omisión de los serios disgustos que el doctor Rodríguez Méndez y yo pasamos, sin que salieran a la superficie merced a nuestra exquisita vigilancia y a una previsión sin límites. Pero pocas veces se consignará con mayor fundamento las queiebras que tiene el papel de redentor. Todo lo dimos por bien empleado. Aquel Congreso fué el mayor acontecimiento científico registrado en Barcelona; a esta ciudad vinieron, aparte de innumerables médicos de la Península, muchos delegados de las Repúblicas hispano-americanas, y aquí se selló como una reconquista moral de aquellos pueblos, hasta el punto que desde aquellos momentos se han seguido cultivándose afectos y relaciones entonces nacidos, y en el orden literario y científico se han aproximado almas dispersas ganadas para aumentar el acervo nacional; por el Congreso se establecieron conclusiones que inspiradas en el mayor progreso del último momento, pudieron servir para afirmar el fervor científico de nuestra ciudad, acreditada de antiguo por otros timbres no menos gloriosos, y por este concurso, finalmente, se acumuló un tesoro científico, procedente de las XV Secciones de que el Congreso constaba, legando a las edades venideras en las publicaciones del Congreso, el primer tomo de 1.183 páginas, ya repartido profusamente, y el segundo interrumpido a mitad de la impresión por haberse agotado el escasísimo dinero de que se disponía para ello, no obstante el «protectorado oficial»

La fecha de octubre de 1910 quedó grabada en los anales de la ciudad de Barcelona con caracteres indelebles de un mérito excelso, merced a los desvelos y esfuerzos del doctor Rodríguez Méndez y de sus colaboradores.

**PUBLICACIONES.** — Desde una memoria que presentó al Claustro de la Facultad de Medicina de Granada reseñando los cursos de 1867-1869, su pluma no descansó un momento.

En un solo decenio de su vida pasaban de 8 las obras originales, traducidas o anotadas; sus discursos y conferencias excedían de 15, de 14 las bibliografías y de 60 los artículos originales, y las revistas de higiene, noticias científicas esparcidas en las revistas han sido incontables. Ahí están para atestiguarlo, además de la *Gaceta Médica Catalana*, la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, la *Independencia Médica*, la *Revista Médica de Sevilla*, la *Aspiración médica*, la *Medicina práctica* y la *Higiene*, de Madrid; la *Prensa Médica* y la *Gaceta Médica*, de Granada; la *Medicina Contemporánea*, de Reus; la *Revista de terapéutica* y la *Unión de Ciencias Médicas*, de Cartagena; la *Razón de la Sinrazón*, *Journal d'Hygiène*, de París; el *Annual of the Universal Medical Sciences*, de Filadelfia, y otros.

Desde el año 1864 hasta el 1870, escribió en Granada 38 artículos de diversa materia.

La producción mayor la desarrolló en Barcelona. A sus *Prolegómenos de Higiene* (Barcelona, 1875) ha seguido una serie de folletos, artículos, memorias, informes, discursos, cuya sola enumeración fatiga (1).

**SUS ÚLTIMOS MESES.** — Está por encima de toda suspicacia y argucia, es evidente, que la jubilación fué fatal para Rodríguez Méndez. Cual el roble de la montaña, conmovido en sus raíces por el vendaval, pierde el verdor metálico de sus hojas, así el eximio higienista empezó a decaer visiblemente desde mayo, con el Real decreto, pero de una manera notoria desde septiembre de 1918.

Basta leer sus *Alegaciones* a aquella hipócrita tregua de esperanza, para ver cómo defendió su derecho y la ilusión de toda su vida. Es un documento muy concienzudo y en él estudia la jubilación en su aspecto legal, disciplinario, de aptitud, moral y económico; su gestión, transformadora, en la Cátedra de Higiene y en el Rectorado. Por fin alude a un homenaje de personalidades selectas de todo el mundo, al *Libro de honor*, en contraste con la determinación del Gobierno. La redacción de este escrito es la demostración plena del vigor mental, de la agudeza de ingenio y frase punzante, de la serenidad de juicio y del equilibrio de todas sus facultades. Aludiendo a la gente joven, impaciente

(1) Quien quiera revisar esa fecunda obra literaria debe consultar el artículo del doctor Rosique, p. 439. Libro en honor de Rodríguez Méndez.

por subir y por crear vacantes, describe sus trabajos en la Cátedra y fuera de ella, sus comunicaciones con los que fueron sus discípulos, residentes allende y aquende los mares, y añade: «Y en plena actividad, en esta especie de apoteosis, surge el Real decreto, interrumpiendo labor tan plausible. Quedó tapado el pequeño y puro foco de luz por el humo de una mala chimenea, cuyo hogar está alimentado por madera *verde, muy verde.*» Yo dije a este propósito: ¡Cuántos catedráticos jóvenes, de esos que pierden lastimosamente el tiempo, quisieran tener el acierto docente, las simpatías escolares, las facultades vigorosas juveniles del viejo Rodríguez Méndez! Entré aquéllos que quedan y otros muchos y éste que se va, ¡cuánto ganaría la enseñanza si resultara lo inverso!

Mientras alimentó la esperanza de que sus *Alegaciones* surtieran efecto, de que las gestiones realizadas por un grupo de jubilados cerca del Tribunal de lo Contencioso pudieran reintegrarles en sus puestos y mientras llegaban a él los clamores de sus discípulos de América, que querían ejercer una acción diplomática cerca de nuestro Gobierno para reponerle en su Cátedra, Rodríguez Méndez siguió decidor y alegre, manteniendo su espíritu entre la esperanza y la decepción; pero al llegar el 20 de septiembre, el día negro por excelencia, se acabó para él toda esperanza... Parecía natural que los Catedráticos jubilados terminaran su obra y examinaran sus alumnos, el que quisiera, que no todos quisieron, sobre todo cuando no se había ultimado el proceso de la jubilación; el doctor Rodríguez Méndez había empezado a examinar sus alumnos el día 19 de septiembre, y yo le acompañaba muy gustoso en el tribunal, cediéndole la presidencia; la sesión se deslizó tranquilamente y con la cordialidad de siempre al terminar nos despedimos «Hasta mañana...»—«Hasta nunca», debiéramos decir, para ser veraces. A medio examinar los alumnos de Higiene, recibí en altas horas de aquella noche una orden, por teléono, para que, como Decano, no permitiera a los Catedráticos jubilados examinar ya el día 20. La orden venía del Ministerio, a raja tabla; era preciso normalizar las nóminas desde ese día 20. ¡Cuánta diligencia! ¡Ni para perseguir criminales! ¡Lo que yo sufrí aquella noche pensando, atenaceado por un insomnio rebelde, cómo transmitiría a mis cuatro queridos compañeros de Claustro aquella orden tan iracunda!

Rodríguez Méndez me decía, pocas horas después: «Nos han echado como a criados odiosos, no nos han dejado ni acabar el mes.» Y qué perturbación — añádile yo — para la enseñanza, habiendo de improvisar examinadores para 4 asignaturas, cuando, por diez días más, todo habría tenido término regular.

Desde ese día Rodríguez Méndez, vencido en sus más caras aspiraciones, dejó de ser lo que fué.

Subía yo a su casita a verle de cuando en cuando; ya no me preguntaba con aquella fruición de antes por los asuntos de la Facultad, por los compañeros, por los escolares, por los mozos; ya no me preguntaba si el decanato me daba o no disgustos. Aun cuando él trataba de sobreponerse y de ocultar su amargura, el dolor y la nostalgia se vislumbraban en su conversación. Sus palabras parecían un eco del pasado.

Tan sólo se animaban sus ojos y subía el tono de su voz cuando me refería cómo procuraba hacerle penosa la vida al ministro jubilador, señor Alba; era una especie de idea fija; un día me hablaba de que le había enviado una tarjeta postal, mordicativa; otro una carta, estotro un telegrama o un artículo venido de América atacándole; no perdía oportunidad para sus alfilerazos. ¡El, tan bondadoso, se deleitaba en esta machaquería! Yo trataba de apartar la conversación, la derivaba hacia su *Gaceta*; hacia sus nietos, pero, vivo cual era, se desprendía y volvía de nuevo a tratar del odiado ministro.

Contribuyeron a deprimir su ánimo unas neuralgias que se exacerbaban con las tristezas imponderables y unas cartas que recibió de uno de los más queridos discípulos favorecidos por él. ¡La ingratitud alentada por la soberbia no respetó la ancianidad ni se detuvo ante el umbral de la muerte! Su abatimiento moral me impresionó aquel día; era como la deserción de un ejército cuando flaquea o falta el jefe:

Fuí a verle después de una corta ausencia de Barcelona. Era mediado el mes de septiembre. Le hallé sentado en un rincón de su jardinillo, ante una mesita con cuartillas y con pruebas y bajo la amplia y ondulante fronda de una gigantesca palmera, que era el orgullo de su jardín; la tarde era tibia, serena:

Al saludarle, añadí: — Está usted en un paraíso. «Mejor dijera usted en un infierno», me replicó.

Aquel día le habían atormentado mucho los dolores, pero le había mortificado más una carta injusta escrita por quien menos podía él esperar y yo imaginarme. Era un redactor que retiraba su nombre de la *Gaceta*. ¡Hasta la *Gaceta* le originaba disgustos!

Me afligió su tristeza, su soledad, su aislamiento, su decepción; recordé entonces la intrepidez suya cuando llegó por vez primera a Barcelona y aquella mañana en que había ante su casa 140,000 personas aclamándole!

Era la hora crepuscular; me hizo algunas confidencias; de la iglesia parroquial, no muy distante, llegaban a nosotros los tañidos de una campana como invitándonos a la oración de la tarde; ante esta apacible hora de égloga ¡cuánta amargura destilaba este hombre tan bueno, cuya bondad estaba, sin duda, sublimada por sus dolores morales y físicos, soportados con resignación de asceta!

Nos despedimos hasta muy pronto. No volví a verle vivo. Antes de ocho días, el sábado 20 de septiembre, regresaba yo, a las dos y media de la tarde, a mi domicilio, azotado, calado, por una lluvia torrencial, cuando se me dijo con apremios: «El doctor Rodríguez Méndez está muy enfermo; han llamado dos veces.» Pocos minutos después estaba junto al querido amigo; no, junto al querido muerto. Había terminado su frugal comida en la paz del hogar; subióse a su despacho, a su habitual e intenso trabajo mental con sus cuartillas, sus revistas y sus libros; junto a éstos, dijo de pronto a su nietecito: «Sosténme, que me caigo», y cayó muerto, sin tiempo para dar a los suyos el eterno adiós. Médico sabio y bueno que a sus semejantes había prodigado a raudales los tesoros de su sabiduría y de su bondad, se fué del mundo sin los auxilios de esa ciencia que tanto prodigara y sin el calor de esos besos que tanto mereciera.

El 20 de septiembre de 1918 no fué olvidado por Rodríguez Méndez; al año justo, en el mismo día y hora en que por mandato ministerial dejaba de examinar a sus alumnos bruscamente, bruscamente también dejaba el mundo de los vivos.

Yo había escrito un año antes en el *Libro en honor* de Rodríguez Méndez: «Singular vida la de este varón que, con ser tan bueno, tan sabio, tan servicial y tan simpático, ha sido en ocasiones, fiera, encarnizadamente combatido. Será ley impuesta a la sociedad humana la que rige en la industria de los metales, que para aumentar su valor y su pureza éstos han de pasar por las intensas y fundentes operaciones del crisol.

A pesar de las malas lenguas y de los espíritus perversos, espero, convencido, que cuando le llegue la hora de la suprema justicia, Dios, que ve el interior de las almas y penetra en lo más recóndito de las conciencias, le otorgará el merecido premio a su bondad, a su honradez y a su laboriosidad.

La Historia perpetuará también su nombre, esculpiéndolo entre los beneméritos.»

El peligro de los incidentes de la vida hizo exclamar a un filósofo griego que nadie puede llamarse afortunado antes de la muerte. Y en una sesión necrológica decía Jacoby de Austin Flint que por haber pasado ya de los incidentes peligrosos de la humana existencia y por su rápida e indolora muerte podía considerarse a aquél peculiarmente dichoso.

Lo mismo puede decirse de Rodríguez Méndez.

Fuera de esta Real Academia de Medicina y Cirugía, que le dedica esta sesión necrológica, ninguna otra Sociedad ha dedicado el menor homenaje a su memoria. Barcelona, la clase médica, tiene pendiente esta deuda. Intentos, proyectos, sí; realidades, hasta ahora, ninguna; declaro lealmente que su sucesor en la Cátedra, doctor Salvat, nuestro digno compañero en esta Academia, me ha expresado su propósito de realizar algo que perpetúe su nombre en la Cátedra que él regentó tantos años. Espero confiado que el actual Catedrático de Higiene de nuestra Facultad llevará adelante su empeño.

\* \* \*

Señores, acabo de exponeros las diversas facetas de este varón singular, bueno, sabio y digno. Con su muerte, la Ciencia ha perdido un cultivador exquisito y ténaz, la humanidad un servidor devoto, España un patriota honrado y sus amigos un consejero leal y afectuoso. Su alma voló al seno de Dios y su cuerpo al de la tierra. Elevemos una oración por su eterna bienaventuranza. Su recuerdo perdurará a través del tiempo, porque le cuadran bien aquellas frases de Goethe:

*Wer hat den Besten seiner Zeit genug gethan  
Der hat gelebt für alle Zeiten.*

Realizó lo mejor de su época y vivió para todos los tiempos.